



Serie La Historia de La Iglesia Primitiva

- El enlace con los evangelios (Hechos 1:6-11) -

Junio 30, 2021

En el aposento alto (Hch 1:12-14)

1. *El retorno de los Once*

La Ascensión había tenido lugar en una parte del Monte de los Olivos, al este de Jerusalén y en las cercanías de Betania (Lc 24:50). Distaba de Jerusalén “el camino de un sábado”, o sea, poco más de un kilómetro. Era la distancia que la “tradición de los ancianos” permitía que un judío anduviera en sábado, sin llegar a “trabajar” en el día de reposo. Desde los tiempos de Crisóstomo se ha pensado que la frase podría indicar que la Ascensión del Señor —cuando, en cierto sentido, entró en su descanso— tuviera lugar en el séptimo día, y no en jueves como ahora se calcula. Si los “cuarenta días”, son meramente un “número redondo”, y se calculan de forma “exclusive”, y no “inclusive”, la idea no es imposible.

2. *El Aposento Alto*

Tales aposentos se levantaban sobre los terrados de las casas del Oriente, y solían ser los más espaciosos y tranquilos del edificio. Se menciona este “aposento alto” aquí como si fuera un lugar conocido, de modo que es probable que se trate del lugar donde el Señor se manifestaba a los suyos después de la Resurrección, que, a su vez, podría ser el mismo que un discípulo anónimo puso a la disposición del Señor para la celebración de la Pascua. Más tarde se nota que la Iglesia solía reunirse en la casa de María, madre de Juan Marcos, de modo que cabe dentro de lo posible (sin que se pueda dogmatizar sobre tales pormenores) que se refiera a la misma amplia residencia en todos los casos.

3. *La lista de los apóstoles (Hch 1:13)*

Los apóstoles se nombraron “oficialmente” cuando fueron llamados a dar principio a su misión por el mismo Señor (Mr 3:13-19), y es propio que la lista se repita al umbral de la nueva etapa de su servicio, como “testigos” del Señor resucitado. Los nueve primeros nombres se hallan en todas las listas, bien que el orden varía algo. Simón el Zelote es idéntico con Simón el cananista. Judas (hijo o hermano de Jacobo) corresponde a Tadeo en las listas de Mateo y Marcos. Desde luego, aquí no hallamos más que once nombres, debido a la defección de Judas Iscariote, y fue preciso que este hueco se llenase para que la Iglesia, próxima a formarse, descansase sobre el fundamento de Cristo y los doce apóstoles (Ef 2:20) (Ap 21:14).

4. *“La compañía junta” (Hch 1:14-15)*

Alrededor de ciento veinte personas estaban reunidas en el Aposento Alto en congregación regular, como indica la frase “epi to auto”, la “compañía junta” (Hch 1:15). Los once formaban el núcleo de esta compañía y los demás serían hermanos que, sin



ser apóstoles, se habían unido a Cristo con lazos de intimidad y de constante fidelidad. Esta constancia había de ser premiada pronto, pues, juntamente con los apóstoles, estos hermanos serían los primeros miembros de la Iglesia naciente.

5. *María*

No podemos pasar por alto la breve mención en (Hch 1:14) del nombre de María, la madre de Jesús. Después de este momento, nada se sabe de ella ni de sus movimientos en las Sagradas Escrituras. Este hecho basta por sí solo para que se desmorone el fantástico edificio de leyendas y “doctrinas” que se han levantado en torno a esta bendita persona, pues los apóstoles eran los llamados para proclamar y enseñar la “fe que ha sido una vez dada a los santos”, y si la intercesión de María como “co-redentora” tenía la importancia que se le señala en los dogmas de Roma, habrían cometido una falta grave en no hacer constar el hecho. Al mismo tiempo, no debiéramos subestimar la importancia de la mención que aquí hallamos, que sitúa a María dentro del testimonio primitivo de la Iglesia, con el prestigio del hermoso ejemplo de su vida y el hecho de que Dios la había escogido como instrumento humano para traer al mundo el Cristo de Dios. Enlaza el misterio de la Encarnación —cuando el Verbo Eterno entró en el mundo por la humilde vía del nacimiento de una mujer— con el advenimiento del Espíritu de Cristo que descendió sobre los creyentes reunidos de una forma apropiada a la misión que había venido a realizar. Mientras duraba el discernimiento espiritual que procedía de la plenitud del Espíritu Santo en la Iglesia primitiva, los cristianos sabían dar a María el lugar que correspondía a su misión única y tan honrada, sin revestirla de las prerrogativas que pertenecían por derecho exclusivo a su divino Hijo; pero, al menguar la manifestación del poder del Espíritu, y al terminarse el ministerio personal apostólico, las tendencias humanas, unidas a una creciente ignorancia de los principios vitales de la Nueva Creación, cobraron fuerzas suficientes para convertir, muy paulatinamente, la bendita y ejemplar madre de Jesús en una especie de “diosa” que comparte con el Dios-Hombre la Obra de la Redención. ¡Cuán triste quedaría esta alma escogida, tan llena de discernimiento espiritual, si pudiera ver lo que los hombres han hecho con su nombre!

6. *Las mujeres*

Juntamente con los apóstoles, los discípulos y María, y acompañándolos en la oración, se hallan las “mujeres”. La “reunión regular”, que había de convertirse pronto en “Iglesia”, no era un asunto puramente varonil. Es probable que en casi todas las épocas de la historia de la Iglesia las hermanas hayan sido más numerosas que los varones, y su importancia se destaca desde el primer momento, en marcado contraste con las ideas orientales (cuajadas en su última y más desastrosa expresión en el Islam) que colocan a la mujer, no en una esfera diferente que complementa la del varón, sino en un plano de absoluta inferioridad. Las “mujeres” del Aposento Alto serían principalmente aquellas que habían acompañado al Señor desde Galilea (Lc 8:2-3) (Lc 23:49,55) con otras de Betania y de Jerusalén, quienes, aun durante el ministerio terrenal del Señor, habían dejado sus quehaceres domésticos con el fin de servirle con sus haciendas. No les tocaba la labor de proclamar públicamente el Evangelio, pero formaban parte integrante e imprescindible del círculo de “los discípulos” y sólo el Cielo revelará el valor de su servicio: quizá mayor que el de los varones, como es más



importante el armazón de una casa que la fachada. No podemos deducir “sin más ni más” de este versículo que las mujeres orasen en voz alta en la compañía reunida, pero sí que su oración se entrecruzaba con la de los apóstoles, formando un todo indivisible al subir delante del Trono.

7. Los hermanos del Señor

No sólo los romanistas, sino también algunos protestantes, se han esforzado por dar un sentido especial a la voz “adelphoi” (hermanos) en este pasaje y en otros análogos, por creer que se rebaja la dignidad de la madre de Jesús al pensar que llevara una vida matrimonial con José después del nacimiento del Salvador, siendo fruto de ella estos “hermanos”, que en otras partes se mencionan por sus nombres. Para nuestro propósito basta decir que tal hipótesis surgió de las ideas equivocadas sobre la verdadera castidad, en boga desde el siglo segundo, que dieron lugar a la exaltación desmesurada de la virginidad. Entre los hebreos (y nos movemos aquí en ambiente hebreo) tal idea habría sido ridícula, pues lo extraño entre el pueblo terrenal de Dios sería el celibato, mientras que la vida de familia se tenía en mucha honra.

8. La oración

Los creyentes reunidos en uno se dedicaban a la oración y a la súplica, seguramente en relación con “la promesa del Padre” y la expectación de que estaban en el umbral de un nuevo y estupendo acontecimiento espiritual. Es un buen ejemplo de lo que es la oración, tan distinta en verdadera esencia de las peticiones egoístas que tantas veces se llaman por este nombre, y subraya que la verdadera oración es nuestra asociación con el Padre en sus planes y pensamientos. Perseveraban los discípulos en este sagrado ejercicio, que no se consideraba como algún aditamento a su vida de servicio, sino como su mismo fundamento, íntimamente relacionado con el poder que habían de recibir.